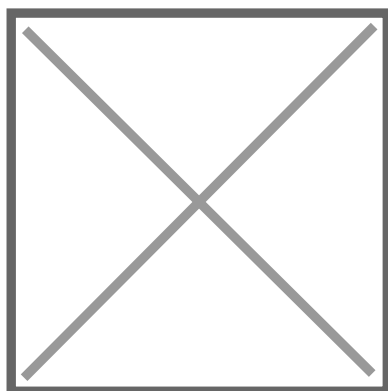




EC PAS 17-10-91 P. 40
15

cultura ■

000187439

4449980

Crónica Literaria

La Tragedia del '91

Por Carlos ITURRA

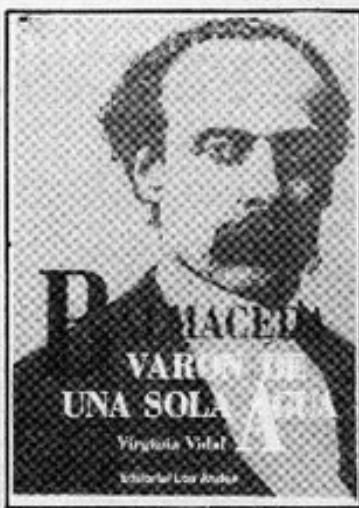
Con toda oportunidad, a los cien años justos de ocurridos los catastróficos hechos, Virginia Vidal publica un libro sobre el presidente Balmaceda y la Revolución o guerra civil del '91. Un siglo parece perspectiva suficiente como para apreciar con ecuanimidad cualquier fenómeno, y uno de los aspectos que cubría estimar en este libro es precisamente su afán de ecuanimidad, que veo manifestado ante todo en su relato imparcial de los excesos cometidos por ambas partes. El supuesto secretario privado de Balmaceda, que es quien nos narra lo que ve y vive, muestra la matanza de La Cañas con similar rechazo -se siente que él no aprueba esas muertes ordenadas por su benefactor, aunque no lo dice- que los saqueos y venganzas de los revolucionarios triunfantes.

Pero esa imparcialidad, que impera en casi toda la obra y que es tanto más notable cuanto que surge de la narración hecha por un íntimo o familiar del principal protagonista de la tragedia, se termina antes que el libro, y el lector asiste, en el penúltimo capítulo, a lo que me permite considerar una desafortunada apología balmacedista, no porque Balmaceda no merezca apologías -ese es otro cuento-, sino porque se rompe y se corta un nivel de narración satisfactoriamente sostenido sin que ello equivaiga, ni mucho menos, a una revelación postrera, a un final sorpresa o a ninguna otra recompensa por estilo. Equivale simplemente, así lo siento, a que estas páginas -¿su narrador?, ¿su autora?- se desenmascaran: habían estado en todo momento por uno de los dos bandos en pugna, y nos lo habían sabido si no ocultar -porque ya el título debió darnos un indicio, también la cercanía del narrador con Balmaceda-, en todo caso adorar, "maquillar", al punto de lograr despistar-nos.

Como digo, eso no sorprende -la sorpresa puede ser una categoría estética-, más bien desilusiona: literariamente, porque ocha a perder un tono que hasta ese capítulo se había mantenido con toda coherencia, e históricamente, si pudiera decirse, porque entonces el

libro deja de ser una aproximación objetiva a un fenómeno que muchos quisiéramos ver tratado de esa manera. Además, dicho capítulo despierta una duda terrible: tal vez, piensa uno, nada de lo anterior, de aquello que nos había parecido honestamente interesado por la verdad, estaba libre de consciente parcialidad, y lo que creíamos coafnimo presentación de "lo malo" de ambos bandos atenúa a uno y empeoraba al otro... En ese capítulo penúltimo al que aludo, el secretario privado, Peñita, se reúne con unos carpinteros, lastradores de parquet y otras personas de pueblo, en una tertulia en la cual pasan revista a los hechos de la revolución, ya terminada, y junto con citar autores destacados y con expresarse no menos sabiamente que ellos -historiadores o políticos eminentes-, llegan a la conclusión de que Balmaceda fue todo lo bueno que el libro se había encargado de informarnos antes que el propio pueblo NO consideraba que fuera. Es decir, la autora nos ha mostrado, con palabras de su amanuense y el de Balmaceda a la vez, que el pueblo estuvo contra ese presidente considerado despótico y tiránico, pero cuando tiene que hacer hablar al pueblo, escoge justamente a aquella parte de él que, por rara coincidencia, no da explicaciones de por qué se le oponía, sino que le canta loas. Eso no rinde, ni en el plano literario ni en el de la lógica histórica.

A cambio de debilidades como éstas, el libro ofrece no pocos atractivos. El primero de los cuales sea, quizá, la recreación que hace de la época y de su espíritu. Es muy agradable, por ejemplo, la lectura de aquellos capítulos en los que se narra la célebre visita que hizo a Chile Sara Bernhardt, y el revuelto que produjo, o el paso de Rubén Darío por nuestro país, y la pintura tan convincente que consigue Vidal de su espléndida y amabilísima personalidad. A propósito de personas, o personajes, eficaz es también, y mucho, la pintura de Pedro Balmaceda, el hijo del presidente, quien se ve magníficamente retratado en su destino patético y extraño, con su joroba, su hermoso rostro, su talento condenado a no llegar al fruto.



"Balmaceda, varón de una sola agua", de Virginia Vidal. Editorial Los Andes, 1991.

La ciudad de Santiago es recreada en aquel preciso momento en que se ponía pantalones largos y comenzaba a ser la urbe que hoy es; la recreación encanta en la misma medida en que está hecha con delicado arte no menos que con abundante documentación. Desde luego, la autora se sumergió en la historia antes de narrarla, y eso se nota no porque ostente su saber, sino precisamente porque lo dosifica, regula y reparte de una forma que revela que lo domina, y que no es dominada por él.

El trabajo verbal es de calidad siempre, lo que acaba en defecto. Quiero decir que cuando hace hablar con elegancia salomera a los obreros, claro, esa calidad verbal resulta no ser la más indicada. Pero sólo entonces, el resto del tiempo la gente habla como cubría esperar de ella. La narración fluye; las palabras se encadenan armoniosamente; evocaciones, horrores y nostalgia se alternan con amenidad, no sin elegancia, jamás con estridencia ni pasión arrebatada: como si fuera una pluma clásica la que nos refiere un momento de gran fervor romántico. Tal vez los estertores del romanticismo en nuestro país.

En este libro el drama que vivió Chile hace cien años queda sin explicación, claro. Pero ¿quién se la ha dado?

La tragedia del '91 [artículo] Carlos Iturra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Iturra, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La tragedia del '91 [artículo] Carlos Iturra. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile